

riores actos de virtud cen que se hizo tan digno instrumento de la salvacion de muchas almas? En todo el tiempo de misionero no se le conoció mas cama que dos zaleas, una frazada grosera por abrigo y por cabecera una albarda. Este era el lecho en que despues de tan largos y penosos viajes, aun en las mas fuertes enfermedades, y alcabo de setenta años de edad, tomaba apenas un ligero descanso, y en que murió finalmente no sin lágrimas de su buen compañero el padre Agustin Campos, testigo de tanta humildad, mortificacion y pobreza. La mayor parte de la noche ocupaba en la oracion, y cuando estaba en su partido de Dolores era en la iglesia, donde asegura el padre Luis Velarde su compañero en los últimos ocho años, que lo oia entrar todas las noches, y que por mucho que se desvelase jamás lo oyó salir. Esta oracion noc urna acompañaba con una sangrienta disciplina que tal vez percibieron y refrieron asustados sus indios. Se le notó que repetidas veces al dia entraba al templo á hacer oracion, á imitacion del grande apóstol de Irlanda aunque toda su vida era una continua oracion y un continuo rezo. Fué señalado del don de lágrimas de que lo dotó el Señor, no solo en el santo sacrificio de la misa que jamás omitió, sino aun en el oficio divino que rezaba siempre de rodillas. Tenia continuamente en los labios los dulcísimos nombres de Jesus y María: así no es de admirar que aun cuando en su cara le decian injurias é improperios, respondiese con palabras suavísimas y aun abrazar tiernamente al que le ofendia. Sus conversaciones eran siempre de Dios, de su Madre Santísima, de la conversion de los gentiles. Padecia frecuentes y agudas fiebres de que se curaba con total abstinencia por cuatro ó seis dias. Aun fuera de estas ocasiones su alimento era muy ténue y grosero, sin sal, ni mas condimento que algunas yerbas insípidas que tomaba con pretesto de medicinas. Toda

esta dureza y austeridad consigo, la convertia en suavidad y dulzura para con sus indios, á quienes repartia toda su limosna y cuanto podia conseguir con su actividad é industria. Finalmente era el padre Kino un perfecto ejemplar de misioneros apostólicos y de quien se decia vulgarmente.»

«Descubrir tierras y convertir almas, son los afanes del Padre Kino.»

«Continuo rezo, vida sin vicio, ni humo, ni polvo, ni cama, ni vino.»

CAPITULO XVIII.

Conquista de la California.

La península de California, segun la relacion del capitán inglés Wodes Rogers, en su viaje al rededor del mundo, comenzado en 1708 y acabado en 1711 y publicado en Amsterdam en 1716, es en la parte interior y por donde junta con el continente, tan fértil como la alta Pimería; pero en la punta ó Cabo de San Lucas, es el terreno montañoso estéril y cubierto de arenales con algunos arbolillos ó matorrales, donde sólo hay algunas frutillas silvestres: el temperamento es agradable por el aire sereno y apacible que sopla generalmente, y aunque no son muy abundantes las lluvias por la noche es copioso el rocío que da á la tierra grande frescura. Los habitantes son de estatura alta, derecha y membruda: usan los cabellos grandes y sueltos que les llega la estremidad hasta el muslo: todos andaban desnudos; y las mugeres cubrian su desnudez, con tejidos de pita ó plumas, ó pieles de animales. Su aspecto es salvaje y desagradable, correspondiendo á la rusticidad de su semblante, la dureza de su lenguaje.

En medio de su desnudez, gustan demasiado de los adornos de collares y braceletes, que los hacían de cuentas de palo ó concha, y muchas veces de perlas que son abundantes y que por no saberlas taladrar, las rayaban y ataban con un hilo de pita. «Paréceles tan bello este adorno, dice la relación, que no quisieron aceptar ninguna de nuestras chucherías, ni de nuestros rosarios y sartas de cuentas de vidrio, aunque las había de diferentes colores. De lo que nosotros llevábamos, nada querían tanto, como los cuchillos y demas instrumentos que sirven para tajar y cortar; pero su honradez fue tanta, que nunca llegaron á tomar cosa alguna de lo que hallaban en la tierra por la noche, aunque nuestros toneleros y carpinteros dejaban casi siempre en ella sus instrumentos.»

Los californios eran demasiado perezosos, y no se cuidaban del cultivo de la tierra, ni tenían alguna industria para remediar sus necesidades: sus habitaciones eran unas chozas bajas construidas con las ramas de los árboles, que eran muy poco abrigo para la inclemencia de los tiempos; y su alimento consistía en las pocas frutas y raíces que les daba aquella tierra ingrata y sin cultivo, los peces de que abundaba la tierra por su proximidad al mar, y los pájaros que cazaban. Eran muy diestros para cazar al vuelo y lo mismo para pescar, sin mas auxilio, que un instrumento de madera con que traspasaban el pez zambulléndose en el agua aun á una profundidad admirable.

Aquella vida salvaje, los hacía cuidar muy poco de la educacion y del gobierno civil; este no consistía sino en la superioridad de uno de los ancianos ó algun otro gefe, que probablemente no ejercía otra accion, que la de los gefes de los pueblos de Gila. Los que algo escribieron sobre las costumbres de los antiguos californios, omiten decirnos qual fuera su religion; pero como no se hace men-

cion de templos, ídolos ni sacrificios, conjeturamos por esto y por la analogía de usos, entre ellos y los pimas altos, que ninguna tendrían ostensible y vivirían en un verdadero estado salvaje.

Nada tenía de agradable el aspecto de esta tierra: y sin embargo, las noticias que desde el principio de la conquista se tuvieron de su fabulosa riqueza y la conveniencia de poblarla para la mayor seguridad de los buques que traficaban en las aguas del Pacífico, mantuvieron siempre vivo el deseo de colonizarla; pero ya hemos ido haciendo notar, cómo fueron estériles cuantas tentativas se hicieron desde el principio dirigidas á ese fin. Despues del último viaje del capitán Atondo y Antillon quedó encendido en el pecho del celoso padre Kino el fuego de la caridad por la conversion de aquellas infelices gentes; pero como la obediencia le mandaba permanecer en la Pimería, logró comunicar al padre Juan María Salvatierra, el mismo celo que á él lo consumía. En principios de 1696 los dos hicieron un viaje á México para solicitar el arreglo de este negocio entre otros que tenían también por mira principal la instruccion y bienestar de los indígenas. El padre Salvatierra pidió á sus superiores el permiso para acometer empresa tan grave; pero como hacía pocos años que el mismo vireinato había solicitado á la compañía para que llevara á término este negocio, y los padres se negaron por no admitir el gobierno temporal de las colonias, el padre provincial Juan Palacios, no quiso acceder á esta solicitud; pero no por eso desmayó el religioso Juan María, antes esperó confiado en que la Providencia removería aquel obstáculo y los mas que se presentaran para la realizacion de un proyecto que ya parecía imposible en vista de tantas veces que se había frustrado. Un incidente imprevisto vino á determinar la conquista de la California: el padre Salvatierra pasó á Tepot-

zotlan como rector de aquel colegio; y pasando por allí el provincial, para visitar los colegios de tierra adentro, se vió repentinamente acometido de una pleuresia que le impidió seguir su camino. Un día dijo al padre Salvatierra que rogase con sus novicios porque el Señor le concediera la salud; y este religioso, que no quitaba la vista de la reduccion de los infieles al gremio de la iglesia, le respondió, que no debía esperar la salud, mientras no prometiese á la Santísima Virgen dar la licencia para la conversion de la California. Contestó el provincial, que aquel negocio dependia de la resolucion de los consultores, pero que él ofrecia hacer cuanto en sí estuviera para su feliz éxito. Efectivamente, pocos dias despues que el provincial pasó á convalecer á México, propuso el negocio á la consulta y en Diciembre de este año de 96 quedó dado el permiso para que el padre Salvatierra pudiera con acuerdo del vireinato emprender lo que con tanto ardor deseaba. Pedida la licencia al virey, que en aquellos momentos lo era el obispo D. Juan Ortega Montañez, fué otorgada despues de los trámites necesarios; pero con la condicion de que la proyectada reduccion se hiciera sin gravámen del real erario y de que se tomara posesion de la tierra en nombre del rey Carlos II; y se concedia facultades á los promotores de aquel negocio, para que ellos nombraran capitan y soldados que juzgaran necesario para su seguridad, con solo la obligacion de dar aviso al vireinato.

Este despacho fué firmado ya por el virey conde de Moteuzuma en 5 de Febrero de 1697 y con él salió el padre Salvatierra para embarcarse en las costas de Sinaloa, llevando para los gastos de su grandiosa obra, la suma de cinco mil pesos con que habian contribuido algunas personas, entre ellas el conde de Miravalle y el marqués de Buenavista. Otros aunque no al contado, ofrecieron dar

algunas cantidades para los gastos de los cinco años primeros: la congregacion de los Dolores, fundada en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo, dió el fondo, para sustento de un misionero; y el sacerdote D. Juan Caballero y Osio, ofreció el de otros dos. A estas limosnas, cooperó D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero real de Acapulco, dando un barco pequeño para la mision y prestando una goleta para transportar á los que debieran ir á California.

En México quedó nombrado el Padre Juan Ugarte como procurador de los negocios de aquellas nuevas misiones, y el padre Salvatierra pasó á Sinaloa, para adquirir mayores arbitrios y unirse con su compañero el padre Kino: este al fin no pudo separarse de los pueblos que tenia á su cargo y despues de embarcadas las provisiones que se pudieron acopiar en la embocadura del Yaqui, se dió á la vela la goleta que proporcionó la piedad del tesorero de Acapulco, llevando á su bordo para una conquista tan importante al apostólico varon Juan María Salvatierra, con cinco soldados españoles y tres indios. Con una navegacion feliz aunque trabajosa, aportaron á los puertos de Concepcion y San Bruno; pero pareciéndoles la tierra muy estéril, por consejo del capitan de los soldados, anclaron en el puerto de San Dionisio, al cual por la devocion que el padre tenia á la Santísima Virgen en su advocacion de Loreto, se le dió ese nombre. Luego que desembarcaron se hizo la ceremonia de tomar posesion de la tierra en nombre del rey Carlos II de España, y desde entonces no se volvió á desamparar mas aquella provincia, siendo su capital el lugar que se acababa de fundar.

De pronto se construyó una pequeña trinchera para ponerse á cubierto de algun ataque de los indigenas: en el centro se colocó una cruz, bajo cuya enseña se iba á difundir allí la luz; y en una tienda de campaña se colo-

có la imágen de la Virgen Lauretana que se declaró patrona de aquella expedicion. Desde el primer día comenzaron á ocurrir al real algunos gentiles, que el misionero acariciaba y regalaba con algo de sus provisiones, y con estos alhagos concurrían gustosos á la explicacion de la doctrina, que el padre hacia todos los días por medio de un catecismo que habia formado el padre Copart.

Así se pasaban los primeros días preparando aquel inculto campo para recibir la semilla evangélica: el infatigable padre Salvatierra hacia veces de gobernador de aquella nueva colonia, desempeñaba los oficios de capellan para con sus compañeros, de apóstol para con los infieles y algunas veces aun de cocinero para sazonar y condimentar los alimentos con que los atraía á su doctrina; y parecia que se podia contar con la perfecta aquiescencia de los naturales para civilizarlos, cuando un grave incidente vino á poner á la empresa en riesgo de acabar en sus principios. Luego que la goleta se volvió para el Yaquí, los naturales creyeron concluir fácilmente con los pocos que habian quedado en tierra y apoderarse del maiz y demas cosas que habian desembarcado; así fué, que el 17 de Noviembre acometieron violentamente el pequeño real, en número como de quinientos enemigos. El padre Salvatierra no queria que se dispararan las armas contra los indígenas, dando lugar á que sus exhortaciones los hicieran desistir de aquella agresion y volver á la vida pacífica con que se habia inaugurado la poblacion de California; pero cuando ya fué del todo necesario, se hizo fuego con los mosquetes y un pequeño cañoncito que habian apeado de la goleta. El fuego de los sitiados empezó á esparcir el terror de los asaltantes de los cuales morian muchos, y otros heridos se retiraban del lugar del combate, hasta que huyeron á los montes, admirados de que la nube de flechas y piedras que hacian caer sobre

el pequeño recinto de la fortificacion, no hubiera dañado á los sitiados y antes estos les hubieran causado tanto daño: desde luego quedaron resueltos á no hostilizar mas, y en prueba de ello mandaron una tropa de mugeres conduciendo á los niños que debian quedarse en el real, para recibir la instruccion de la doctrina. En esta ocasion se patentizó cuanta es la fuerza de ese espíritu de caridad que anima á los propagandistas de la civilizacion evangélica. Nada habia en aquella tierra espantosamente estéril, que pudiera lisongear las pasiones de los que se presentaban en la arena para plantar allí el estandarte de la Cruz: humanamente tampoco podia esperar otra cosa aquel puñado de hombres, que ser sacrificados en aquellas desiertas playas, donde sus nombres habrian quedado ocultos en los bancos de arena que levanta el aquilon cuando sopla desencadenado; y sin embargo, no se aterran ante el peligro, ni vuelven su rostro atrás, antes redoblan su brio, y la confianza que los anima en su triunfo, porque como no buscan el oro ni los honores que se marchitan como la yerba, sino el fruto de la verdad, la mano oculta que gobierna y equilibra á todos los globos del firmamento, los hace incolumes del furor de sus enemigos que por un secreto influjo vienen á rendir sus corazones ante el árbol de la redencion.

Después del consuelo que tuvieron en el admirable triunfo de sus armas á los dos días vieron llegar á ellos nuevas provisiones con que auxiliaban los misioneros de Sinaloa á la naciente colonia de la península, y entonces llegó tambien el padre Francisco Picolo, que iba á ocupar en la conversion de aquellos infieles, el lugar que no habia podido tener el padre Kino, cuya presencia se juzgó necesaria en la Pimería. Con el auxilio de este nuevo compañero, el padre Salvatierra, empezó sus escursiones fuera del real, haciendo algunas veces él sus visitas á los

indígenas, y otras el padre Picolo, con lo cual gradualmente iban domando la rusticidad de aquellos corazones degradados en la barbarie. Esto como es natural se hacía á costa de grandes sacrificios, evitando á cada paso nuevos peligros y sufriendo la escasez de víveres, pues llegaron días en que solo algun maíz corrompido y una ración miserable de otros alimentos, era todo el sustento para que aquellos hombres repusieran sus fuerzas estenuadas y consumidas en las fatigas constantes para civilizar aquellos pueblos que en el fondo de la Nueva España vivían envueltos en las densas sombras de un tenebroso gentilismo.

El religioso Salvatierra eligió el norte para dar principio á sus trabajos, y en principios del año de 99 salió del real de Loreto para entre la nación Cozhimí; y en el sitio donde estuvo el real de San Bruno en la expedición del capitán Atondo fundó un pueblo á que dió el nombre de San Juan de Londó, juntando en él á los cozhimies y á los edues, que hasta entonces habian sido dos enemigos irreconciliables. Despues de este viaje emprendió el suyo por el sur el padre Picolo, á un lugar que los californios llamaban Vigge y donde las tierras eran muy apropiado para establecer sementeras como en las riberas del Zuaqui: el trayecto para llegar á este punto era muy áspero y fragoso; pero el padre abrió camino para él por entre las peñas y malezas, lo cual no solo sirvió para tener espedita comunicacion con el real de Loreto, sino para estimular á los indígenas al trabajo, viendo que en pocos días un padre con nueve soldados, habia ejecutado una obra que ellos hubieran tenido como impracticable. Así fué como fundaron la segunda mision á cuyo pueblo llamaron San Javier de Biaundó, donde luego fabricaron una capilla provisional y abrieron los cimientos para una iglesia mas decente y capaz de contener el numeroso rebaño que se esperaba congregarse.

De este modo se iba obrando la ilustracion de una de las partes mas importantes de la Nueva España, trabajando los operarios con celo indecible y llenos de confianza en que el Señor bendeciría la obra para la cual no omitian trabajo; pero estas materiales fatigas eran muy pequeños obstáculos, en comparacion de los acontecimientos que fuera de la península se convertian en otras tantas fuentes de amargas tribulaciones, para los generosos hombres que no habian vacilado en ofrecerse en holocausto sepultándose en aquel mundo ignorado por el bien de la humanidad. De las tres embarcaciones que tenian para viajar al puerto de Acapulco y á la embocadura del Yaqui á proveerse de los socorros necesarios para mantener la colonizacion empezada, se inutilizaron las dos mas grandes y solo quedó la pequeña lancha San Javier para los muchos viajes que se ofrecian en aquella tierra donde era preciso que todo se llevara de fuera. El padre Salvatierra habia escrito á México solicitando del real erario los recursos con que el rey mandaba auxiliar aquella espiritual conquista que tanto debia influir en el lustre de su corona y engrandecimiento de sus dominios; pero el conde Moctezhuma no pudo acceder á esto por el mal estado en que se hallaba la hacienda á consecuencia de las convulsiones políticas que en aquellos momentos sacudian el envejecido trono de la metrópoli por haberse sentado en él una rama procedente del tronco de Borbon. Y á todo esto se agregaba, que habiéndose enfermado el capitán D. Lucas Torres y vuelto á la Nueva España, el que lo substituyó, D. Antonio García de Mendoza, hombre lleno de codicia, no contento con el desinterés con que los padres trabajaban en el bien espiritual de los californios, escribió á México desconceptuándolos, con la esperanza tal vez de que los obligaran á salir y quedar él sin freno para esquilmar sin compasión á los pueblos.